

RABATÉ, Colette y Jean-Claude, *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*, Marcial Pons, Madrid, 2018, 287 pp.

Es harto conocido el enfrentamiento ocurrido en el paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936 entre el rector Miguel de Unamuno y el general Millán Astray. De aquel episodio que no se empezó a recoger en la historiografía hasta los años 60 del pasado siglo, se destacaría la célebre afirmación «venceréis pero no convenceréis» que habría de ser el emblema no sólo de la lucha entre la fuerza y la razón, sino también de la superioridad moral del bando que fue vencido en la Guerra Civil española.

Uno de los objetivos que se marca la obra *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil* es la desmitificación de aquel episodio a partir del análisis de documentos (prensa, cartas personales, diarios íntimos) poco explotados hasta ahora o incluso inéditos. Los hispanistas franceses, Colette y Jean-Claude Rabaté, brindan con este libro, tras la excelente biografía que le consagraron (*Miguel de Unamuno. Biografía*, Taurus, 2009), una minuciosa encuesta concentrada en los últimos meses de vida del filósofo, los que coincidieron con el inicio de la Guerra Civil, un tiempo de dudas, contradicciones y paradojas, reflejo metonímico de lo que fue la vida de Unamuno y más allá de aquella etapa de la historia española.

Si bien los autores se proponen hacer emerger la «coherencia intrahistórica» de la actitud de Miguel de Unamuno, más allá de la espuma de los acontecimientos, todo el libro radica en una sólida contextualización histórica y política, nacional e internacional, desde la proclamación de la Segunda República, sobre fondo de crecimiento de los totalitarismos en Europa, hasta el golpe militar del 18 de julio de 1936, el inicio de la Guerra Civil y la defunción del filósofo, el 31 de diciembre de 1936. Los dos primeros breves capítulos que abarcan desde la proclamación de la Segunda República hasta el golpe militar son fundamentales para entender la creciente hostilidad de Unamuno hacia el nuevo régimen, a pesar de que, como se sabe, él mismo proclamó la República en aquel festivo 14 de abril de 1931 desde el balcón del Ayuntamiento de Salamanca. La ola de violencia anticlerical desatada en mayo de 1931, el deterioro de su relación con Manuel Azaña, así como la política autonómica republicana degradarían su primitiva adhesión. Posteriormente, la desilusión ante el bienio conservador, la revolución de Asturias, el Frente Popular que mantiene, en palabras de Unamuno, una «salvaje guerra incivil» acabarían de consumir un divorcio anunciado ya en el artículo «Y va otra vez de monodílogo», rechazado por la redacción de *El Sol*, y publicado el 12-XII-1932 en *Ahora* diario con el que inaugura entonces su colaboración (p. 28). En el fondo, el cambio radical de Unamuno respecto a la República es el reflejo de una

suerte de espejismo — la pacífica revolución unitaria del 14 de abril que alcanzaría su clímax el siguiente 1.º de mayo, cuando Unamuno encabezó el desfile en Madrid del brazo de Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto— que se rompería apenas dos semanas más tarde con la quema de conventos.

La obra se consagra principalmente a diseñar, pormenorizadamente, el camino que recorrió Unamuno desde la adhesión explícita al «bando nacional» hasta el llamado «altercado» del paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936, pasando por la dolorosa toma de conciencia ante los «Desastres de la guerra», título del medular capítulo IV. La clara reminiscencia goyesca no remite sólo al horror sanguinario y monstruoso de la guerra, sino más allá a una requisitoria antibelicista común al pintor y al filósofo. «Da asco ser hombre», escribe el filósofo en su diario íntimo, *El Resentimiento trágico de la vida* (citado p. 122). Quien se había hecho propagandista del mito de la guerra civil regeneradora a principios del siglo XX, vino a condenar, en los meses posteriores al golpe del 18 de julio, «la guerra civil incivil». En las cuartillas de *El Resentimiento trágico de la vida*, magistralmente interpretadas por los autores, denuncia Unamuno el poder aniquilador de la Guerra Civil y la culpabilidad colectiva: «Entre los hunos [los rojos] y los hotros [los «nacionales»] están descuartizando a España» (citado p. 121).

Al contrario de lo que hicieran en la biografía, los hispanistas no reconstituyen la intervención en el Paraninfo, que, desde el relato «canónico» reconstruido a partir de fuentes indirectas, por Hugh Thomas en su obra germinal *The Spanish Civil War* (1961), ha sido objeto de tantas reescrituras. En este caso, se da la primacía a la fuente auténtica, brindando un análisis tan minucioso como informado de los apuntes tomados por el mismo Unamuno durante el acto literario del 12 de octubre (apuntes reproducidos, p. 138). Los autores ofrecen una solvente interpretación de lo que pudo ser la réplica de Unamuno tras las intervenciones de los oradores (José María Ramos y Loscertales, Vicente Beltrán de Heredia, Francisco Maldonado de Guevara y José María Pemán): la intuición de la guerra internacional que se estaba librando en el territorio nacional, el cainismo, la superioridad del poder de la razón sobre la violencia («vencer y convencer»).

Tras aquel 12 de octubre de 1936, Miguel de Unamuno, a quien el Movimiento nacional había devuelto la rectoría, tras su destitución por Azaña el 22 de agosto de 1936, para captarlo e instrumentalizarlo como garantía intelectual, se vería castigado por su acto de rebeldía, «encarcelado disfrazadamente» (citado p. 166) en su propia casa. Pero el bando «nacional» había de reapropiarse de la figura del intelectual en un último escarnio, ya que el funeral de Unamuno, al que no pudieron asistir todos sus hijos, por hallarse dos de ellos en zona republicana, ostentó una escenificación falangista, con el ataúd arrojado por la bandera roja y negra de Falange, saludado brazo en alto.

No acaba todo ahí. El último capítulo del libro ofrece otro recorrido que, desde la óptica de los vencidos, llevaría al intelectual salmantino de su caída — la

adhesión al bando «nacional» que culmina en el funeral falangista— a su redención —Unamuno como emblema de la resistencia republicana tras su rebelión en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. Examina entonces el libro en esta etapa final la dramatización y mitificación del acto del 12 de octubre y más allá la elaboración del «mito unamuniano» (p. 227), esencialmente a partir del relato escrito en 1941 por Luis Gabriel Portillo, que ni siquiera asistió al incidente. De esta narración dramatizada proceden las falsedades y atribuciones erróneas, como la reconstrucción del enfrentamiento entre Unamuno y Millán Astray.

Sin embargo, ya en 1937, André Malraux había ofrecido en *L'espoir* una versión novelada (no recogida por los autores) del acto, que da pie a una reflexión en torno a la imposible relación del gran intelectual, «el hombre del matiz» y «por esencia anti-maniqueo», con la acción «maniquea por definición». «Unamuno manquera bien sa mort», afirma uno de los protagonistas de la novela. Precisamente el desencuentro final del filósofo con la historia, esta ceguera reiteradamente señalada en *En el torbellino* y su encuentro post-mortem con la leyenda vienen explicados por Colette y Jean-Claude Rabaté, en todos sus matices, con prudencia, tal vez excesiva, y sin afán exculpatorio.

*Marie-Angèle Orobon*